

La Voz de Guipúzcoa

Año VI

Diario Republicano.

Núm. 2.049

Precios de suscripción.

SAN SEBASTIÁN: tres meses 4 pesetas.—PROVINCIALES, tres meses, 4,50 pesetas.—EXTRANJERO: un año, 85 pesetas.—ULTRAMAR, un año, 90 pesetas.
Las suscripciones hechas por conducto de los correspondientes, tienen un aumento de 10 por 100.
Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 céntimos.
No se devuelven los originales.

San Sebastián.—Jueves 4 de Diciembre de 1890.

Redacción y Administración.

CALLE DE ECHAIDE, 6, BAJO.

TELÉFONO N.º 24.

Precios de inserción.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anuncios preferentes (RECLAMOS), 20 céntimos la línea.—Gacetas, 50 céntimos.—Anuncios en la primera plana, 1 peseta la línea.
REBAJAS PROPORCIONALES AL NÚMERO DE INSERCCIONES.
COMUNICADOS: a precios convencionales, de 1 a 25 pesetas línea.
Recibe anuncios en París M. A. LORETTE, rue Cambartín 61, uno de nuestros correspondientes.

Derechos de timbre.

Desde 1.º de Enero hasta 30 de Noviembre del año actual han satisfecho por derechos de timbre:

	Pesetas.
LA VOZ DE GUIPUZCOA.	1.744,30
La Libertad.	1.119,00
El Guipuzcoano.	969,10

CANDIDATURAS

de la Coalición liberal para las próximas elecciones provinciales:

Distrito de San Sebastián

Don Eustaquio Inciarte y Alday.

» Silvestre Lasquibar y Saralegui.

» José Machimbarrena y Echave.

» Miguel Altube y Letamendi.

Distrito de Irún

Don Leonardo Moya.

» Juan José Iruretagoyena.

» Justino Minondo.

» Félix Laborda.

Distrito de Tolosa

Don José Martín Arana.

» José Aranzabe.

» Luis Ruiz de Arcaute.

Los mercaderes en el templo

El periódico que es órgano de los integros sigue su cruzada contra el liberalismo y grita: «¡Concluyamos con el monstruo! ¡Aventemos sus cenizas! ¡adelante!»

Con estas palabras tratan de seducir a los pocos católicos que han caído en la aberración de pensar como ellos acerca de algunos puntos que el fanatismo explota en su provecho.

Hemos dicho y repetiremos cien veces que no son buenos católicos, esos que buscan agio en la santidad de las ideas para defender una causa política que en su fondo no tiene sino odios y pasiones miserables, indignas no ya de cristianos, sino de vascongados.

Esas pasiones y esos odios fueron los que un día les hicieron levantar el pendón de guerra sangrienta. Entonces aparentaban no recordar que la religión de que ellos se llaman únicos defensores, tiene máximas sagradas que ordenan a los hombres amarse unos a otros como hermanos.

Si las recordaban, las pisoteaban al lanzarse al campo y cometer toda clase de vandálicos atropellos.

Entonces con el nombre de Dios en la bandera saqueaban, incendiaban, fusilaban. Con el nombre de Dios levantaban los rails de los caminos férreos y descarrilaban los trenes; con el nombre de Dios fusilaban a indefensos carabineros en Olot; con el nombre de Dios arrojaron sobre las plazas que sitiaron bombas incendiarias prohibidas para todos los casos de guerra; con el nombre de Dios empezaban los bombardeos sin avisar previamente a los pueblos para que se dispusiese la seguridad de los enfermos, los ancianos, los niños y las mujeres, como mandan los más rudimentales principios de humanidad; y para que se aprestasen a la defensa; con el nombre de Dios tenían en el más duro e inhumano cautiverio a quienes caían en sus manos y profesaban honradamente ideas liberales; con el nombre de Dios imponían crecidísimos tributos a los pueblos, ya extenuados por los horrores de la guerra civil; con el nombre de Dios, en fin, extendieron por todas partes el luto, la ruina y la deshonra.

Liámense integros ó carlistas, unos son todos. Mientras alimentaron esperanzas de que D. Carlos triunfara porque disponía de algunos batallones, estuvieron a su lado los

que hoy se alejan a pretexto de que quieren solo defender la religión.

Si como el pretendiente está en Venecia desacreditado, sin prestigio, sin fuerza moral ni material, sin dinero, estuviere cerca intentando nuevas aventuras, los llamados integristas hoy, estarían a su lado, gritando, sí, ¡viva la religión! pero como gritaban los cabecillas cuando entraban en los pueblos después de haberlos abrasado con metralla y esquilado con tributos.

No lo dude nadie; el día que carlistas ó jainistas se lanzaran al campo, si dispusiesen de medios, los integros correrían a ponerse a su lado como antes, ansiosos de venganza contra el progreso de los ideales modernos, y sedientos de sangre liberal.

La religión es lo de menos para ellos; se llaman sus defensores y bien se ha visto como un día el arzobispo de Burgos, otro el obispo de Madrid y el de Córdoba y varios más les desautorizan y les condenan, y últimamente el Congreso Católico de Zaragoza, donde puede decirse que estaba reunido todo el episcopado español, les rechazaron sus discursos y los rechazaron sus intemperancias.

Y aun pretenderán que les reconozcamos buenos católicos, cuando por no serlo merecen las censuras de los príncipes de la iglesia y son rechazados sus escritos de una asamblea católica!

No; ayer nos combatieron con las armas y hoy con los votos: su fin es el mismo. Satisfacer sus implacables instintos de odio contra los liberales. Si hoy no pueden incendiar, saquear y asesinar como en la guerra lo hicieron, tanto más cruel será la presión que intenten ejercer sobre nosotros por todos los medios que estén al alcance de la autoridad de sus cargos.

Sería un insulto al progreso y a las ideas liberales que un hombre de esos triunfase en un distrito tan liberal y sensato como el de esta población.

La opinión liberal que rechaza a las ideas reaccionarias, rechazará también a los hombres que las ostentan.

Liámense defensores de la religión, siempre serán los representantes del atraso y de la barbarie, y su historia será el libro negro de este hermoso país, donde se consignar los más horrendos crímenes y vandálicas luchas; liámense amantes del pueblo vascongado, siempre serán los que tiñeron en sangre su suelo y le arruinaron.

No son, no pueden ser fieles de la religión de Cristo que predicó el amor y la caridad los que han paseado por la patria que les vio hacer la bandera de la desolación en fiera cruzada que nada respetó.

Hoy se llaman religiosos y se consideran dentro de la iglesia como sus más decididos campeones. Mentira. Son nuevos mercaderes del templo, a quienes la justicia y la razón habrá de arrojarles a latigazos.

La carta de Monseñor Lavigerie

La «agencia Havas» publica esta carta del cardenal Lavigerie, como respuesta a un católico francés, y relativa al brindis recientemente pronunciado en honor de la marina francesa:

«La experiencia de los últimos años me ha persuadido de que, salvo un milagro con el cual no se puede contar, nada es posible en Francia fuera de la forma de gobierno que el país se ha dado legalmente. La monarquía se ha suicidado, en efecto, con el conde de Chambord, quien mantuvo bien alto el pabellón del honor cristiano; pero que, en el fondo, no ha querido renunciar, por un sentimiento elevado del deber real y de las responsabilidades que impone.

Puedo hablar de ello con conocimiento de causa, habiendo tenido el honor de estar a su lado, de recibir muestras de su benevolencia íntima y de admirar de cerca sus puras virtudes. No me ha dejado más que un sentimiento: el de no haber podido, a causa de las distancias y de mis numerosos deberes, ir a arrodillarme sobre su tumba como se arrodilló una sobre la tumba de un santo. Ahora bien, he tenido ocasión de oírle expresarse acerca de los motivos que le hacían evitar el trono.

Por primera vez, en Martembad, preguntándole yo respetuosamente, en presencia de un augusto compañero, porqué había creído deber escribir la carta que se conoce, la reina tomó la palabra en estos términos: he retenido cuidadosamente: «Ha hecho bien en no ir a Francia; no hubiera podido cumplir allí con sus deberes

y hacer todo el bien que hubiese querido hacer». A lo que el rey hizo una señal de asentimiento diciendo sencillamente: «Tiene razón». Algunos días después, en Carlsbad, al final de una visita que se dignó hacerme, en persona, y después de una conversación en la que se trató de nuevo la cuestión de su vuelta y aun—me acuerdo de este detalle—de la alegría que hubiera tenido al ser recibido por mí a las puertas de mi catedral, en esta Argelia que debemos a la monarquía francesa, me dijo sonriendo: «Ya no soy joven; si la Francia me quiere, es preciso que no tarde en venir a buscarme».

«La Francia de San Luis, Señor, le respondí, hubiera venido ya; pero la Francia actual...» Y le vi alejarse tristemente con la convicción de que, como ha sucedido, nunca veríamos a este noble príncipe más que sobre un trozo: el del cielo.

Es verdad que el conde de Chambord tiene un sucesor de otro carácter é imbuido con ideas diferentes; pero tampoco él volverá, según todas las apariencias y todo lo que se puede prever del porvenir.

Ha dicho con frecuencia a los que le son fieles, que, conforme a sus principios, no quiere ser rey sino con la condición de que antes la Francia declare quererlo. Pero la voluntad de nuestra Francia, tal como la han hecho nuestras revoluciones, no osase ya libremente, se deja violentar y coger. Y después de la tentativa infructuosa que acaba de fracasar, como se ha visto, el rey, al proclamar públicamente, por un impulso generoso sin duda, que toma sobre sí la responsabilidad de todo lo que otros habían hecho, sin distinguir nada y declarando buenos todos los medios para conseguir el objeto, se ha suicidado también ante todos aquellos que creen en los principios inmutables y absolutos de la moral cristiana, según los cuales el mal no está nunca permitido, ni aun para procurar el bien.

¿Qué diré del Imperio? El jefe de la dinastía imperial ha rehusado a prestarse a restablecerlo, más categóricamente aun que los herederos de nuestros reyes: ha aceptado la República.

Después de tales hechos, que se han sucedido uno tras otro, cual si fueran precipitados por la Providencia, y en medio de todos los obstáculos que se oponían entre nosotros a la resurrección y sobre todo al mantenimiento de un Estado mandráquico, ¿cómo conservar aun alguna esperanza?

Un antiguo profesor de historia de la Sorbona como yo, que ha reflexionado mucho tiempo sobre el encadenamiento de las cosas humanas, puede decirnos que fuera de un milagro con el cual, lo repito, no se puede contar; fuera de catástrofes finales que serían también el fin de Francia, ó de una sorpresa que trajera consigo estas catástrofes, la vuelta de la monarquía es imposible. Por consiguiente, no hay nada viable, entre nosotros, sino la forma republicana.

Tal pensamiento se fortifica más cuando uno no se detiene en la Francia y se estudia el resto del mundo.

Es preciso volver a las palabras famosas del grande hombre que moría, hace tres cuartos de siglo, en Santa Elena, bajo el cielo mismo de nuestra Africa: «Dentro de un siglo, decía con aquella segunda vista que dá a veces la proximidad de la muerte, la Europa será republicana ó cóscica.»

Quizás hubiera suprimido la última palabra si hubiese asistido como nosotros a los progresos, a la audacia creciente del nihilismo.

Por poco que se sepan escuchar los rumores que llegan hasta nuestros desiertos, *La República, en un tiempo cercano, será en todas partes indestructible.*

Se ha visto lo que una tentativa, hecha para destruirlo, ha costado a uno de los más nobles hijos de la casa de Austria, apoyado por todas las fuerzas del Imperio. Se acaba de ver cómo se ha establecido en el Brasil, derribando al rey y al más modesto de los hombres. Se ve que las mismas aspiraciones ruidosas se abren paso en las diversas comarcas de la Europa.

Acabo de recorrer la Italia. La República está allí preparada, en parte conscientemente por completos ocultos; en parte inconscientemente por los sufrimientos crecientes y los antiguos recuerdos del pueblo.

Digo esto bajo el punto de vista puramente humano; pero bajo otro punto de vista, en el cual debiera pensar la antigüedad y hoy pobre casa de Saboya, prisionera, también ella, de la Revolución, Mr. Thiers decía con su viva intelligenza: «No es explicaré lo que es el Papa; pero lo que sé es que todos los que le han metido el diente han muerto.»

La carta demuestra enseguida, por las citas de diversas encíclicas, que la Iglesia acepta igualmente todas las formas de gobierno, siempre que no tengan nada de contrario a los principios de la moral y de la fé, y que el Papa se ha manifestado categóricamente respecto a este punto. El cardenal Lavigerie termina su carta diciendo:

«Por lo tanto, he pronunciado mi brindis tal como es, porque estaba afligido é inquieto, al fin, de la poca atención práctica que se presta-

ba en Francia al dirigiólo a la marina francesa reunida en el puerto de Argel. Fué acompañado, á consecuencia de la presencia de nuestros jefes militares, de la ejecución de la Marsellesa, por orden de un cardenal; costumbre seguida entre nosotros y necesaria, cuando se quiere reflexionar bien en ello, en medio de poblaciones extranjeras, en donde la Marsellesa no tiene ya el carácter revolucionario que tiene en Francia, sino solamente el carácter nacional, como lo tenía hace veinte años la marcha de la Reina Hortensia, que no era más religioso, pero que oíamos con respeto, como el recuerdo de la patria.

LAS REGATAS

Carril en nuestra redacción.

Anoche, antes de celebrarse el banquete de los remeros vencedores en el hotel Berdejo, tuvimos el gusto de recibir la visita del simpático Carril, el héroe del día, que acompañado de los Sres. Fuentes é Irazorza, vino a saludarnos y pasar un rato entre nosotros.

Sabido es que una de las cualidades más recomendables del intrépido patrón, es su exagerada modestia. Había del triunfo que con su gente ha obtenido, con la mayor naturalidad, sin que en sus palabras pueda observarse, no ya el menor indicio de jactancia, pero ni siquiera una muestra de orgullo por la victoria obtenida. Está contento, y nada más.

—Ya puede usted estar orgulloso, le digimos; en todas partes es usted el héroe del día.

—Por tan poco?—nos contestó modestamente.

—Y qué nos dice usted de la tripulación?

—Buenos chicos son.

—Y no está usted cansado?

—De la regata, no; pero como todo el mundo me obsequia estos días y á todos les parece poco lo que hacen conmigo... pero ahora ya no hay más que pensar en trabajar.

Después nos contó algunos de los muchos incidentes curiosos. De entre ellos no resistimos la tentación de referir el siguiente:

Dice Carril que el domingo al ir á tratar con el patrón de Ondárroa sobre si se suspenderían ó no las regatas, le observaba en la fonda un grupo de bilbaínos. Uno de éstos dijo á los demás por Carril: Ese es el patrón de los donostiaras.

—¿Ese?—agregó otro—no puede ser; no tiene trazas ni de marinero.

—Pues es es,—insistió el primero.

—¡Valiente carril!—agregó un tercero—á ese le dan los nuestros cien vueltas.

Y añadió Carril: Yo como no sé bien el castellano y no me gusta reír me callé y pensé para mí: ya os daré la contestación sin palabras cuando termine la regata.

—El cura de Zumaya—le digimos—nos ha encargado que le felicitemos á usted cordialmente.

—Muchas gracias—contestó—aquel ya entiende, ya, de estas cosas y tiene buenos catalijos.

—Ahora, hasta otra, ¿eh?

—Por mí ¡vish! pero á todos nos conviene trabajar.

—Ya ha visto usted que el *Diario de Bilbao*, decía que los ondarréses se les iban á tragar á ustedes con trainera y todo.

—¡Tantas cosas se dicen!—es una lástima!

—Probablemente no lo habrán dicho los ondarréses.

—Eso creo; porque con nosotros se han portado bien.

—Aquí tenemos una carta de Ondárroa (la que publicamos en otro lugar) que refleja esa misma opinión; en cambio se quejan de los lequeitanos.

—Los lequeitanos nos quieren mucho, pero están muy sentidos con los ondarréses que les consideran poca cosa y crea usted que los lequeitanos valen más de lo que en Ondárroa se figuran.

—Resulta, amigo Carril, que usted es el invencible.

—El invencible, no, el vencedor hasta ahora, sí; porque he tenido la suerte de triunfar en catorce regatas que en mi vida he jugado.

Como se ve, en todas las frases de Carril se observa su modestia que le hacen más simpático á los ojos de cuantos le conocemos.

Carril salió de nuestra redacción para ir al banquete que en su honor se celebró en Berdejo, según verán nuestros lectores en otra parte, y se llevó algunos de los números de LA VOZ DE GUIPUZCOA en que hemos publicado su retrato, para darles á sus parientes y amigos.

Al estrechar la mano del honrado y modesto marinero que tanta gloria ha conquistado, le repetimos nuestra entusiasta felicitación.

Lo que dicen en Bilbao

La prensa de Bilbao, excepto un periódico, *El Norte*, se limita á dar noticia de pocos renegidos de la victoria de nuestros paisanos.

Por *El Norte* da cabida en sus columnas á algunos informes que de lo menos que podemos calificar, atendiendo al estado de exaltación que alcanza el despacho bilbaíno, es de *insólitos*.

El Norte dice (y esto lo repiten *El Porvenir* y *El Diario*) que ganaron los donostiaras por tres lanchas.